

LA VOZ ÚNICA, DULCE MARÍA LOYNAZ

(Tercera parte y final)



Dulce María Loynaz.

Norma Quintana

En las prosas poéticas de *Poemas sin nombre* hay un tono reflexivo, propio de su larga experiencia anterior, un puro mirar al mundo desde un espacio ya distante dentro del cual ya nada puede herir y que revela una comprensión a la vez cruda y resignada de la existencia humana:

Muchas cosas me dieron en el mundo: sólo es mía la pura soledad.
(Poema VII)

El dolor y la búsqueda en los abismos del yo, el estupor ante la muerte se resuelve sin angustia en este poemario gracias a la comunión placentera con la naturaleza, la identificación paulatina de los procesos del ser con el ritmo natural de la vida en el mundo exterior:

Sólo clavándose en la sombra, chupando gota a gota el jugo vivo de la sombra, se logra hacer para arriba obra noble y perdurable.

Grato es el aire, grata la luz; pero no se puede ser todo flor..., y el que no ponga el alma de raíz, se seca.

(Poema III)

En la lluviosa tarde del otoño vamos
(al cementerio
por el camino de los sauces.
El viento hace volar las verdes
(cabelleras de los árboles,
que a cada sacudida dejan ver
(la blanca
del muro cortando con su tajo
(el horizonte.
Qué viento ya tan crudo el de este
(otoño; qué
olor el de la tierra donde llovió toda
(la noche, el de
las piedras húmedas y los jazmines
(dormidos...
Los muertos deben tener frío...
Pero yo tengo la primavera. ¡Todas
(las primaveras
del mundo en este calorcito de tu mano
(en mi mano!

(Poema LI)

En estos poemas, la tristeza, la soledad, la sempiterna pregunta sobre el sentido de la existencia se encauzan y logran acomodarse

dentro de una suerte de práctica autoreflexiva y de una experiencia de contemplación que aleja para siempre el dilema del ser-no ser, la antítesis vida-muerte.

Los sentidos desempeñan aquí un papel definitivo, pues cuanto la autora siente está como transfigurado a partir de una mirada omnicomprendiva que la hermana con la naturaleza. Es así como, a través de la poesía, se hace una con el cosmos:

Yo conozco el camino que este rosal ha hecho recorrer a su rosa hasta abrirle hueco hacia la luz en la trémula punta del cáliz. Ya casi acertaría a verlo filtrándose su flor a través de las mínimas raíces, aspirándola hacia arriba, propiciando el tallo exacto por el que ha de brotar, el tallo donde no puede haber y cabe en gracia y ceñidura de todo alumbramiento.

Yo conozco el camino del rosal y otros muchos caminos de la tierra, aunque nunca los anduve ni son tampoco mis caminos... Pero desde que era ella sólo sangre viajera, goteo orgánico de glándulas, latido animal en el cerebro... ¿Cuál ha sido, Señor, el camino de la palabra que me diste?

(Poema XCIX)

Esta identificación de los procesos creativos con el impulso ciego de la naturaleza, que por recónditos caminos genera vida desde sí misma, da a estas prosas el terroso sabor de las raíces, el aroma impreciso de los jardines abandonados, y dibuja la imagen de una mujer que gira sobre sí misma en un cosmos creado para contenerla como la flor contiene su perfume, y en el cual canta con una voz hecha de misteriosos ensueños, la voz inimitable de la Loynaz.



Norma Quintana (Pinar del Río, Cuba, 1956). Vive en Chetumal, donde coordina la sala bibliográfica "Chilam Balam de Tusik", del Instituto Quintanarroense de la Cultura. Correo electrónico: quintanapadron@hotmail.com.